

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 3: La Fórmula de Calcedonia

Greg Uttinger
14 de Agosto, 2002

La Herejía Nestoriana

Nicea y Constantinopla habían declarado la fe de la iglesia en el Dios Trino. El siguiente ataque contra la fe se centraba en la Persona de Cristo. Jesucristo es tanto Dios como hombre: pero, ¿Qué significa eso? Los Gnósticos habían argumentado a favor de un Cristo divino disfrazado en apariencia de carne. Apolinario había argumentado que la Palabra divina había tomado para Sí mismo un cuerpo y un alma humana, pero no un espíritu humano: la Palabra misma funcionaba en lugar del espíritu humano. Estas herejías habían sido condenadas por el Credo de los Apóstoles y el Credo Niceno-Constantinopolitano respectivamente. Ahora nuevas herejías entraban en escena. La primera fue defendida por Nestorio.

Nestorio se convirtió en Patriarca de Constantinopla en el año 428. Al llegar al oficio procedió con gran energía al perseguir a los herejes.¹ Entre sus víctimas estaban aquellos que no confesaban abiertamente las dos naturalezas distintas en Cristo, Sin embargo, Nestorio entendía que “distinta” quería decir *separada*. Nestorio concebía al Logos divino y al Jesús humano como dos personas separadas que estaban juntados en algún tipo de unión comprensiva y moral. Según Nestorio el Hijo de Dios se había unido al niño o al hombre llamado Jesús debido a la propia excelencia moral de Jesús. Y así Jesús nació, llegó a la vida adulta, sintió hambre y sed, sufrió dolor y fue crucificado, muerto y sepultado. El Hijo de Dios, por otro lado, no pasó por ninguna de estas cosas. Él estaba *con* Jesús – tan era así que Nestorio enseñaba que el hombre Jesús debía ser adorado – pero Él era una persona totalmente diferente, uno incapaz de experimentar cualquier cosa que fuera humana.

Mientras la iglesia confrontaba a Nestorio, Cirilo, el patriarca de Alejandría, tomaba la delantera. Le escribió a Nestorio repetidamente, y luego al emperador, Teodosio II, y al Papa Celestino, quienes entraron en la batalla contra Nestorio, condenando su doctrina en un concilio en Roma (430). Cirilo hizo lo mismo en Alejandría y lanzó Doce Anatemias contra la herejía Nestoriana. La primera dice:

Si alguno no reconoce que Emmanuel es Dios en verdad, y que la santa Virgen es, en consecuencia, la 'Theotokos,' ya que ella dio a luz según la carne a la Palabra de Dios quien se hizo carne, sea anatema.²

El Niño de María

Dentro de la iglesia se había hecho común hablar de la Virgen María como la *theotokos*, “la

¹ Excepto a los Pelagianos quienes rechazaban la doctrina del Pecado Original.

² “Los Anatemias de Cirilo de Alejandría” en Henry Bettenson, ed., *Documentos de la Iglesia Cristiana* (Londres: Oxford University Press, 1963), 46.

que da a luz a Dios.” Pero Nestorio objetaba enérgicamente el término. Dios es eterno e infinito, argumentaba él, y no puede ser “nacido” o dado a luz. Hasta aquí él estaba en lo correcto. Pero a partir de esto concluía que el Niño nacido de María no podía ser Dios, no podía ser el Hijo de Dios, el Logos eterno. En esto él rechazaba el evangelio.

“El Verbo se hizo carne,” escribe Juan en su Evangelio (*Juan 1:14*); y más adelante en su primera epístola nos advierte:

En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo (*1 Jn. 4:2-3*).

Dios no descendió sobre Jesús; el Hijo no se anexó a Sí mismo a un hombre. Jesús *es* el Hijo de Dios; Él es el Cristo venido en la carne. En el vientre de la Virgen el Logos eterno asumió una naturaleza humana verdadera. Sin despojarse de Su deidad, el Hijo de Dios tomó para Sí mismo una verdadera humanidad. Esta es la Encarnación, y es la enseñanza explícita e implícita de los escritores del Nuevo Testamento. Pues Pablo nos dice claramente que no tenemos sino un Señor (*1 Cor. 8:6; Efe. 4:5*). Y a aquel único Señor, él y los otros escritores del Nuevo Testamento le atribuyen nacimiento, hambre y sangre lo mismo que eternidad, omnisciencia y soberanía.

El lenguaje del Nuevo Testamento es algunas veces alarmante en este sentido. Algunos textos, por ejemplo, le atribuyen al Hijo divino cosas que son verdaderas solamente de Su naturaleza humana. “El Hijo” no sabía el tiempo de Su Segunda Venida (*Mar. 13:32*). “Dios” derramó Su sangre por nosotros (*Hch. 20:28*). Los príncipes de este mundo crucificaron “al Señor de gloria” (*1 Cor. 2:8*). Los apóstoles escucharon y vieron y tocaron al mismo “Verbo de vida” (*1 Jn. 1:1-2*). Y luego hay otros textos que hablan de Jesús “descendiendo del cielo,” aunque con respecto a Su humanidad Él nunca había estado en el cielo y con relación a Su deidad Él nunca lo dejó (*Juan 3:13; 6:33-62*).

Cirilo habló de los textos del primer tipo como ejemplos de “apropiación económica”: el Hijo “se aplica los sufrimientos de Su propia carne a Sí mismo por apropiación económica”³ Todos estos textos juntos reflejan la *comunidad de atributos* en la Persona de Cristo: la única Persona es participante de los atributos de ambas naturalezas, de manera que cualquier cosa que pueda decirse de cualquiera de las naturalezas puede ser dicho de la única Persona, quien es el Hijo de Dios.⁴

De manera que cuando Elizabeth saludó a María, llamándola “la madre de mi Señor,” ella habló en términos de esta comunidad de atributos (*Lucas 1:35*): sus palabras reconocen que el Señor de los cielos afirmó el nacimiento de Su carne como suya propia por apropiación económica. María era en verdad la madre de nuestro Señor, y el Niño que dio a luz era

³ *La Carta de Cirilo a Juan de Antioquía* de James Crystal, *El Tercer Concilio Mundial*, vol. I, 409ss, n. en Rousas J. Rushdoony, *Fundamentos del Orden Social* (Presbyterian and Reformed Publishing Company: n.p., 1972), 59.

⁴ Véase Charles Hodge, *Teología Sistemática*, vol. II (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, reimpresión de 1973), 392ss.

verdaderamente Dios.

Nestorio rechazaba la verdadera Encarnación con disgusto. Tan firme se encontraba en contra de la doctrina que apenas parecía capaz de entenderla. Una y otra vez hablaba como si Cirilo y el sector ortodoxo fuesen culpables de mezclar las dos naturalezas de Cristo. Su racionalismo no podía permitir un Dios que pudiese o quisiese humillarse a Sí mismo para sufrir la concepción y el nacimiento o para experimentar el dolor y la muerte. El hombre podía volverse Dios; Dios no podía volverse hombre. En nombre de la exaltación de Dios hizo a Dios inactivo e irrelevante e introdujo la adoración del hombre.

El Concilio de Éfeso (431), bajo el liderazgo de Cirilo, declaró anatemas a Nestorio y a su doctrina de la Encarnación. El Concilio confesó la realidad de las dos naturalezas de Cristo, y también reconoció a María como la *theotokos*, la que ha dado a luz a Dios. La decisión y la autoridad del Concilio fueron impugnadas inmediatamente y en los años por venir, pero su obra fue confirmada por el quinto concilio ecuménico, el Concilio de Calcedonia.

El Concilio de Calcedonia

Mientras que Nestorio había errado en una dirección, los Monofisitas erraron en otra. Ellos creían que la naturaleza humana de Cristo había sido absorbida por Su naturaleza divina, destruyéndola así totalmente o creando una mezcla de lo humano y lo divino. En nombre de la preservación de la Persona única, confundieron las dos naturalezas.

El movimiento Monofisita llegó a identificarse con un Eutiques, un anciano monje, y a menudo se llama al movimiento con su nombre. Sin embargo, su líder práctico era Dióscoro, el sucesor de Cirilo en Alejandría. Para exonerar a Eutiques Dióscoro indujo al emperador Teodosio a convocar un segundo concilio en Éfeso (449). Dióscoro gobernó este concilio con violencia armada y forzó una confesión Monofisita sobre la Iglesia Oriental.

Pero a la muerte de Teodosio, León el Grande, obispo de Roma, presionó por otro concilio. El nuevo emperador consintió y nombró primero a Nicea y luego a Calcedonia como su sitio. León envió sus propios agentes para que presidieran, y sus propios escritos también comenzaron a destacar. La carta de León a Flaviano, el último patriarca de Constantinopla, fue leída en voz alta a los obispos reunidos y fue recibida con fuertes aclamaciones. León declaraba en parte:

Pues fue el Espíritu Santo quien dio fecundidad a la Virgen, pues fue de un cuerpo que un cuerpo real fue derivado; y “cuando la Sabiduría se estaba edificando una casa,” la “Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros,” esto es, en aquella carne que Él asumió de un ser humano, la cual Él animó con el espíritu de la vida racional. Por consiguiente, aunque se preservó el carácter distintivo de ambas naturalezas y sustancias, y ambas se encontraban en una Persona, una condición humilde fue asumida por la majestad, la debilidad por el poder, la mortalidad por la eternidad; y, con el propósito de pagar la deuda por nuestra condición, la naturaleza inviolable fue unidad a lo pasajero, para que el remedio apropiado para nuestros males, el único y el mismo “Mediador entre Dios y el hombre, Jesucristo hombre,” pudiera por un elemento ser capaz de morir y también, por el otro, ser incapaz de lo

mismo. Por lo tanto, en la naturaleza completa y perfecta del hombre completo fue nacido el Dios completo, completo en todo lo que era suyo, completo en todo lo que era nuestro... Pues cada una de las naturalezas retiene su propio carácter sin defecto; y así como la forma de Dios no hace a un lado la forma de siervo, así la forma de siervo no perjudica la forma de Dios.⁵

El Concilio de Calcedonia condenó al segundo Concilio de Éfeso (“el Concilio del Ladrón”), depuso a Dióscoro y adoptó una confesión que atacaba por igual a las herejías Nestoriana y Monofisita:

Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos de común consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en Deidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de cuerpo y alma racional; co-sustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Deidad, y co-sustancial con nosotros de acuerdo a la Humanidad; en todas las cosas como nosotros, pero sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades, de acuerdo a la Deidad; y en estos postreros días, para nosotros, y por nuestra salvación, nacido de la virgen María, de acuerdo a la Humanidad; uno y el mismo, Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas, inconfundibles, incambiables, indivisibles, inseparables; la distinción de naturalezas no desaparece por ningún medio por la unión, más bien es preservada la propiedad de cada naturaleza y concurrentes en una Persona y una Sustancia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, y Unigénito, Dios, la Palabra, el Señor Jesucristo; como los profetas desde el principio lo han declarado con respecto a El, y como el Señor Jesucristo mismo nos lo ha enseñado, y el Credo de los Santos Padres que nos ha sido dado.⁶

La Cristología de Calcedonia

La Encarnación yace en el corazón del evangelio. Cualquier intento por redefinirla es un intento de reemplazar al Cristianismo con otra religión y a Jesús con otro Cristo. Pues si Jesucristo no es verdaderamente humano, entonces no tenemos en Él ni al Mediador ni al Sustituto. Si Él no es una Persona divina, entonces Su muerte fue mero un martirio que no ayuda o tiene algún valor para nosotros que necesitamos la expiación. En cualquier caso, la salvación es inadecuada. Debemos encontrar otro Salvador, uno más relevante y útil. Si Jesucristo es un hombre que se convirtió en Dios, entonces otro hombre puede convertirse en Dios. La salvación se convierte en un asunto de obras, de esfuerzo moral o manipulación mágica, y su meta es la deificación. Si se confunden las dos naturalezas de Cristo o si una es absorbida en la otra, entonces no hay distinción final entre el Creador y la criatura. Satanás estaba en lo correcto: Dios no es fundamentalmente diferente del hombre, y todos somos potencial o realmente divinos. “¿Quién jugará el papel de Dios?” se convierte en una pregunta legítima.

La Cristología de Calcedonia reconoce un abismo infinito entre el ser de Dios y la de Sus

5 “El Tomo de San León” en Henry R. Percival, ed., *Los Siete Concilios Ecuménicos de la Iglesia No-Dividida* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, reimpresión de 1979), 255.

6 Bettenson, 51.

criaturas. El hombre no puede volverse Dios; Dios se hizo hombre exactamente una vez, y aún allí, en la Persona de Cristo, no hay mezcla o confusión del ser. La deidad sigue siendo deidad; la humanidad sigue siendo humanidad. Las implicaciones políticas y sociológicas de esta doctrina son profundas.

Calcedonia no deja lugar para el misticismo privado o colectivo. Dicho con simpleza, ningún hombre, grupo de hombres o institución humana puede convertirse en Dios o actuar con soberanía divina. Ninguno de nosotros es Dios. Ninguno de nosotros se volverá Dios. Nuestros pensamientos, acciones y sentimientos nunca serán más que humanos. La salvación no es deificación, sino la restauración del hombre su rol apropiado en la creación. Solo Jesucristo es el Hijo de Dios; sólo Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, toda autoridad humana es necesariamente derivada, limitada y sujeta a la ley. Así pues, Calcedonia es crucial para el gobierno constitucional y descentralizado y para la libertad Occidental.

Además, la Encarnación implica una buena creación. El Hijo de Dios tomó para Sí mismo un cuerpo “y fue unido al Polvo y hecho glorioso para siempre.”⁷ No aborreció el vientre de la Virgen, ni tampoco aborreció nuestra humanidad – nuestra condición de criaturas. Mientras que cualquier otra religión trata de rescatar al hombre de la creación y de la historia, el Cristianismo Bíblico dice que Dios vino a Su creación y se unió a Sí mismo con ella para siempre.

La Fórmula de Calcedonia responde al misticismo y al pietismo que son tan predominantes en la iglesia moderna. Responde al estatismo y al liberalismo político. Nos señala a un Salvador, un Señor, y nos dirige a colocar toda nuestra confianza en Él.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

⁷ C. S. Lewis, *Perelandra* (New York: Macmillan Publishing Company, 1944), 215.